

LA FUNDACIÓN DE MIRAMAR Y EL SENTIDO DE LA "SABIDURÍA CRISTIANA" DE RAMON LLULL

La fundación del *colegio de Miramar* por Ramon Llull, pese a su relevancia, suele entenderse desde el sentido misional de su vocación religiosa. La realidad de este hecho no debe impedir, empero, su valoración desde el sentido radical de la sabiduría luliana. Más aún, pues el respeto a la honestidad científica me obliga a adelantar mi tesis: la fundación cuyo séptimo centenario celebramos es el punto clave para comprender la vocación intelectual de Ramon Llull. La "conversión" del futuro Beato, como en el caso de San Agustín, no quiebra una línea intelectual; pero en este caso, no sólo no la rompe, sino que más bien la patentiza. Cuando Ramon Llull se convierte ha remontado el cabo de los treinta años; ha experimentado el matrimonio y la paternidad. La reiterada visión, hasta cinco veces, de Jesús crucificado le ha conducido a abandonar la vida mundana y a entregarse a la oración y penitencia. Su misión le parece ya clara y definitiva: convertir a los infieles islámicos, mediante la patentización de sus errores intelectuales. Si esta *cruzada* la hubiese emprendido al día siguiente de su conversión cabría pensar en el impulso de un profundo estado emotivo. Pero entre 1265 y 1274, tras su "Peregrinación" a Santiago de Compostela y Rocamadour, se consagra a los estudios filosóficos, lingüísticos y teológicos indispensables para su futura misión. Tras ello se retira al Monte Randa, a meditar contemplativamente; y más tarde al Monasterio de la Real, donde debió escribir el *Libre de Contemplació en Déu*. Hacia 1275 Ramon Llull se encontraba en Montpellier, según la tradición llamado por el Infante Don Jaume, futuro rey de Mallorca, atraído ya por su fama. Allí habría escrito la *Art demostrativa* y habría obtenido del Infante la fundación del *colegio* de Miramar.

Sin embargo entre estos últimos acontecimientos aparece algo de radical importancia: la redacción del llamado *Compendio de la lógica de al-Gazzālī*: Ramon Llull refiere que en Montpellier tradujo esta obra del árabe al latín para *consolatione scolarium affectantium suscipere ac theolo-*

gia et philosophia paululum comprehendens. El original árabe tuvo que ser escrito antes de 1275. ¿Para qué? Este sería un problema insoluble si no se acepta la tesis de la temprana y original vocación intelectual del futuro Beato hacia la conversión “científica” de los musulmanes. ¿De qué utilidad podía servirle, en su apologética con los creyentes islámicos, un “compendio” de los *Maqāṣid* de al-Gazzālī, cuando estos podían usar el texto original del pensador musulmán? Menos útil aún era para los cristianos. ¿De qué se trata, pues? La lectura del texto latino descubre un modesto compendio, algo así como un cuaderno de apuntes o notas lógicas *ac de theologia et philosophia*, como dice al principio. Que se trata de elementos *procedentes* de los *Maqāṣid* de al-Gazzālī es evidente por su contenido y por el *explicit* del texto latino: *Explicit compendium logice Algazalis cum aliquibus additionibus theologiae*. Que no es el texto de la lógica de los *Maqāṣid* es evidente, no sólo por las interpolaciones filosófico-teológicas, sino por la comparación con el texto original de al-Gazzālī; incluso los que no lean la lengua árabe pueden hacer la comparación utilizando la traducción latina de los *Maqāṣid al-falāsifa*, realizada en Toledo por Domingo Gundisalvo antes de 1185 y conocida en París antes del 1200. Por tanto, tampoco cabe la hipótesis de que Ramon Llull intentase ayudar a los escolares de Montpellier en 1275, con los extractos de una obra que conocían desde la fundación de la Universidad de dicha Ciudad. A quien se quiso ayudar fue a sí mismo, *arreglando* a su sentido intelectual cristiano — con ayuda del famoso e ignominado *moro* que le enseñó árabe — algún compendio árabe inspirado en al-Gazzālī y de uso entre los alfaquíes mallorquines. De ahí que intercale entre los textos lógicos cuestiones filosóficas procedentes de otras partes de los *Maqāṣid* y hasta elementos teológicos procedentes del *Tahāfut al-Falāsifa*. Ramon Llull se preparaba ya para su misión intelectual de conversión de los infieles islámicos. Sólo esto explica la *confección* — no me atrevo a decir *redacción*, porque en más del noventa por ciento no lo es — de ese aparentemente extraño *compendio*.

Aunque después insisto en ello, Ramon Llull antes y después de 1274 no concibe la existencia de una ciencia separada estrictamente racional independiente de la radical sabiduría cristiana, cuyos valores propios venían sosteniendo los “maestros” parisinos de la Facultad de Artes desde 1260 aproximadamente. Por tanto, la lógica y luego el *Arte* lulianos no son *de*, sino *para*. No se justifican *secundum se*, sino en tanto son los instrumentos de la radical sabiduría, que no es otra que la de *Nuestro Señor Jesucristo*, como repetiría incansablemente. Por esto interpola Ramon Llull

entre los textos lógicos tres cuestiones tomadas de la metafísica de los *Maqāṣid* y otras tres del *Tahāfut al-Falāsifa*. Las tres primeras son: sustancia, accidentes y distinción de esencia y existencia; demostración de la existencia de Dios; y conocimiento por reminiscencia, por sensación y por ideas. Las tres segundas son: demostración de la creación *ex nihilo sui et subiecti et in tempore*; atributos divinos; y teoría de las primeras y segundas intenciones éticas. Hasta aquí nada aparece que no pudiese ser admitido por un musulmán. Pero tras los atributos encontramos el punto central de la creencia cristiana: la demostración de la Trinidad de Personas divinas y la Encarnación del Verbo en la carne de la Virgen María. No ya en San Alberto y Santo Tomás, ni siquiera en los maestros agustinianos y franciscanos parisinos de 1274, encontraremos nada semejante. El propio Pedro Hispano, luego Juan XXI, se habría escandalizado de encontrar en su lógica los dogmas de la Trinidad y la Encarnación.

Aun aparecen en la obra que comentamos otros elementos que nos ponen en la pista del sentido luliano de la sabiduría cristiana: el intento de formulación simbólica y algebraica conservada hasta en la versión catalana. Dice el futuro Beato en el texto catalán, que lo escribe en verso y en términos corrientes, para que cualquier hombre pueda conocer la lógica y la filosofía. El único avance respecto a la versión latina consiste en trasladar las cuestiones filosóficas y teológicas al final. El recurso a la expresión *cualquier hombre* no es nada extensivo, en un momento en que bien pocos eran los humanos que sabían leer su lengua vernácula. Los musulmanes posibles lectores lo podían hacer en árabe. Los clérigos, que eran los intelectuales de aquellas calendas, lo hacían en latín. ¿Quiénes leían catalán, pero no latín a fines del siglo XIII? Algunos caballeros laicos y la naciente burguesía menestral, que tanto preocupó a Ramon Llull. Por esto me he atrevido a llamar al compendio en versión catalana versificada *lógica para caballeros laicos, a nivel de la Orden Tercera Franciscana*, expresión que no tiene un sentido peyorativo, sino todo lo contrario. A todo caballero cristiano es exigible una radical sabiduría cristiana que se imponga dialécticamente a los infieles islámicos y los conduzca a su conversión a Cristo. La *vanguardia* de estos caballeros debería ser formada en Miramar.

Don Jaume, convencido por Ramon Llull, concedió la autorización y los medios para la fundación del "Colegio" de Miramar. En él residirían y se formarían en la lengua árabe trece franciscanos, que en posesión de este vehículo lingüístico y del peculiar *Arte* luliano, podrían marchar a convertir con sus propias armas a los infieles islámicos. La fundación fue

dotada de posesiones notables y de una renta anual de quinientos florines de oro. Para su emplazamiento se eligió un lugar que aun sigue deleitando a quienes lo habitan o lo visitan. Y a comienzos del otoño de 1276 — casi 700 años justos antes de estas menguadas palabras de homenaje — el Papa Juan XXI, Pedro Hispano, daría la aprobación canónica a la fundación. Que no era una anécdota de fervoroso convertido lo prueba la marcha de Ramon Llull a Roma al año siguiente (1277) para obtener de la Santa Sede la fundación por toda la cristiandad de colegios semejantes al de Miramar. En 1285 insistiría cerca del Pontífice Honorio IV. En 1286 pediría “al rey de Francia y a la Universidad de París” la fundación de centros para el aprendizaje de las lenguas de los infieles. A partir de 1289 insiste cerca de Nicolás IV, Celestino V y Bonifacio VIII. En 1309 cerca de Clemente V; en 1310 en el Concilio de Lyon, esta vez con éxito, pues de acuerdo con la propuesta conciliar fueron creadas cátedras o colegios en Bolonia, Oxford, París, Roma y Salamanca para la enseñanza del árabe, caldeo y hebreo. La fundación de Miramar, por tanto, es un hecho radical; o sea: parte de la raíz misma de la sabiduría de Ramon Llull.

He de reiterar lo que ya he escrito más de una vez: *Ramon Llull parte radicalmente de su fe. No hay otra razón más segura que la creencia.* La verdadera sabiduría consiste en el recto uso de la “razón cristiana”, que no otra cosa sería su *arte*, apuntado ya en la época de la fundación de Miramar, tanto en el *Compendio de la Lógica de al-Gazzālī*, como en el *Libre de Contemplació en Déu*, en el *Art abreuçada de trobar veritat* y en el *Art demostrativa*. Y no se trata de una fe necesaria para entender; sino de una creencia operativa. El Beato Ramon Llull no discute ni con el cómodo *insipiens*, ni con el atrevido Gaunilon, como San Anselmo, sino con infieles de carne y hueso: los musulmanes coetáneos y vecinos. De aquí su peculiar idea de la *filosofía cristiana*. El no especialista, que no tenga tiempo para espigar en la abundosa y amplia obra escrita luliana, puede obtener una idea bastante precisa leyendo el prólogo a las *Duodecim principia philosophiae* que dedicó al Rey Philippe le Bel de Francia. En él hace que la *Filosofía* se queje amargamente de las atroces ofensas que los impíos averroistas le han inferido; la peor de ellas, atribuirle la demostración de la no racionalidad de las verdades de fe, que serían creíbles, pero no deducibles por la estricta razón. Y como desde el momento en que escribe la obra (febrero de 1311), tras el fracaso de las ya lejanas *condenas* de 1277, piensa que no cabe remedio dialéctico, solicita el recurso a la *última ratio*: el fuerte brazo temporal de la justicia del Rey. La filosofía es auténtica *ancilla theologiae*; entiéndase: la suya; no la de otros

maestros parisinos. Por tanto, lo menos que puede hacer la Iglesia era imponerla; y así lo pidió al Concilio de Vienne en la célebre *Petitio Raymundi in Concilio generali ad acquirendum Terram Sanctam*, en septiembre de 1311. Los padres conciliares y el propio Pontífice deben reconocer que la sabiduría luliana es la más capaz para refutar todas las *falsas* filosofías. Y si no lo hicieran, malo será para la Cristiandad, pero peor para ellos, “pues quien pudiere mandar tal ordenación y no lo hiciere o impidiere la misma, ese mismo iría contra el fin en razón del cual Dios opera. Y tales sujetos no podrán escapar de Dios, ni huir de sus manos el día del Juicio. *Qui habet aures audiat et qui non habet, conscientiam habeat*”.

En el *Libre de demostracions*, escrito en Mallorca entre 1273 y 1275 ya está expuesto el *Programa* de la sabiduría luliana. Su fin consiste en una sistematización definitiva de la dialéctica que conduzca al creyente a reconocer la luz verdadera con que Dios le ilumina, y al infiel a abrazar los principios de la fe cristiana. Sus principios son cuatro: recta intención, afirmación de la posibilidad racional de comprender cualquier verdad, idea de Dios como el mayor y más noble ser y distinción entre los modos del conocer. Sus medios: la dialéctica luliana. Su contenido: servir y alabar a Dios. Sus límites: los de la fe cristiana; pues la inteligencia humana, por la gracia de Dios, puede comprender la existencia de Dios, las procesiones trinitarias, la Encarnación del Verbo, y el resto de los artículos de la fe.

Por alejado que se pueda estar de la mentalidad de Ramon Llull hay que reconocer el tesón con que mantendría y desarrollaría su concepción de la sabiduría cristiana desde su *conversión* hasta su muerte. Sin salir del terreno de la *posible* sabiduría cristiana del siglo XIII, el Beato piensa como si no hubiesen existido, no ya Santo Tomás, sino ni Rogerio Bacon, ni Enrique de Gante, ni siquiera San Alberto. Más aún, con los argumentos expuestos en 1275 y en los escritos antiaverroistas de 1298 y 1311, Ramon Llull no solo condena a Siger de Brabante y Boecio de Dacia, sino al propio Aquinate. Así, en 1275 al comienzo de la primera parte del *Libre de demostracions* identifica la estricta *ratio* con la inteligencia “iluminada por la luz de la soberana sabiduría”. Quien crea que Dios nos puede haber dado una inteligencia naturalmente incapaz de demostrar “todos los artículos de la fe cristiana” ofende a Dios y comete herejía. Y daba la casualidad que para aquellas fechas ya lo había dicho no solo el *infidel* Averroes, sino Fray Tomás de Aquino, cuya *Suma Teologica* acompañaría después a la *Escritura* en el altar de Trento. La única “distinción” que admite Ramon Llull es estrictamente modal: ser *filósofo*

consiste en admitir los principios de la fe; ser *teólogo* significa demostrar sus bases escriturarias. El *filósofo* cristiano debe demostrar la Unidad divina, la Trinidad de Personas, la Creación *ex nihilo sui et subiecti et in tempore*, la "Recreación", la glorificación, la Encarnación del Verbo; la vida, pasión y muerte, resurrección y ascensión de Nuestro Señor Jesucristo y el Juicio final. Ni un ápice se apartó el Beato de esta su concepción a lo largo de su amplia, viajera y azarosa vida. Y como los más cercanos infieles eran los musulmanes, por ellos debería empezar la conversión. Para ello era imprescindible comenzar por lo más necesario: que los predicadores de la única posible Verdad hablasen la misma lengua de tales infieles y fuesen doctos en el infalible arte luliano, ya que por definición se les suponía en posesión de la Sabiduría Cristiana. De ahí la radicalidad, en sentido de principio y raíz, de la fundación luliana de Miramar.

La anterior expresión acerca de la posesión de la sabiduría cristiana por los futuros frailes misioneros que debían aprender la lengua árabe en Miramar no es necesariamente dialéctica. La sabiduría luliana no admite más distinción que la modal entre razón y fe. La polémica de los medievalistas occidentales entre 1925 y 1940, y en la que intervienen, entre otros, Carreras i Artau, Gilson, Grabmann, Longpré, Keicher, etc. nunca logró aclarar este problema. La distinción entre *aprehensión* intelectual de la fe y una *comprehensión* racional es útil para nosotros los estudiosos del saber medieval. Pero es inútil buscarla en Ramon Llull. En el prólogo a la *Disputatio fidei et intellectus* escrita en 1303 sienta el principio de que ninguna *ratio* es válida si resulta incapaz de demostrar las verdades de la fe. Sobra, pues, el resto del libro. Su valor reside en poner de manifiesto que existía la disputa escolar sobre el tema; mas para el Beato no tenía sentido: estaba resuelta a *priori*. Empero la optimista solución luliana tenía una dificultad. Siendo Dios el máximo objeto del saber no podía ser captado plenamente por algo inferior a él, como el humano entendimiento; este se vería privado del único saber que realmente importa. Pero Dios, que es omnipotente, no puede querer tan precaria situación del saber humano. Entonces hace que la humana naturaleza *flote* en el saber "como el aceite sobre el agua". Queda así el entendimiento iluminado y puede creer, alcanzando la comprensión de la sabiduría sobre lo divino. Por tanto Ramon Llull llama *filosofía* a entender por la razón lo que ya se creía por la fe. Así, a los futuros frailes misioneros sólo les era preciso el arte luliano para usar dialécticamente las verdades que tenían por la fe; y la lengua árabe, para que los infieles musulmanes pudiesen comprenderles. En cuanto así sucediera su conversión sería mucho más sencilla.

Ante esta concepción cabría la tentación de una fácil crítica de Ramon Llull. Nada más inadecuado. La naturalidad, llamémosle así, con que el futuro Beato veía en sí mismo la eficacia dialéctica del entendimiento iluminado por la fe, le conduce a pensar que esto es así *secundum se*. Si no se produce universalmente es porque la mente humana está empecatada. Y esta concepción debe ser hoy mirada con todo respeto, por quien no sea creyente; con veneración por quien haya recibido el don de la fe.

Pudiera pensarse que el puesto central que atribuyo a la fundación de Miramar por el Beato es partidismo de estudioso del pensamiento y cultura árabe-islámicos, o cortés ponderación de la ocasión que hoy nos congrega. Mas la vida de Ramon Llull *el fantástico*, como se llamó a sí mismo más de una vez, es su propia prueba. Quien fundó Miramar hace setecientos años, no cejó en su preocupación por la conversión del Islam, desde los años que pasó estudiando árabe con su paisano *moro*, hasta que fue por última vez escarnecido en Bugia, unos meses antes de su muerte. No se limitó a fundar Miramar y a retornar aquí una y otra vez, tras sus numerosos y azarosos viajes. No se cansó de pedir la fundación de centros internacionales para el conocimiento de lenguas orientales, hasta conseguirlos. Insistió, *oportune e inoportune*, ante los Reyes de Mallorca y de Francia; y ante más de media docena de Pontífices. Predicó repetidas veces, la última vez ya superado el difícil cabo de los ochenta años, en Bugia y Túnez. Para hacerlo y por hacerlo, sufrió naufragios, condenas, cárceles y destierros. Fuese o no apedreado en su carne, bien que lo fue en su espíritu. Y aunque no haya prueba formal de su hipotético linchamiento final en Túnez, para quien como él deseó de todo corazón el martirio, el morir en su lecho de Mallorca pudo ser la última gota de amargura. Vista, pues, desde la vida del Beato, la fundación de Miramar no es ni anécdota ni simple evento, sino el centro de un ideal de fe de un hombre tan arraigado en su tierra, que es el primer pensador medieval de Occidente que dió rango científico a su lengua vernácula: el lozano catalán del siglo XIII. Más también, tan vocado universalmente como para enseñar la impercedera utopía del *Blanquerna*.

M. CRUZ HERNÁNDEZ